

Entrevista a Víctor Montoya

Entre la literatura y el compromiso

EL ORIGEN LITERARIO Y LA
CONCIENCIA POLITICA**KSL:** Puedes explicarme, ¿por qué te hiciste escritor?

VM: En realidad, me hice escritor más por una necesidad existencial que por asumir una pose intelectual. Mi caso es muy kafkiano, pues hubieron en mi vida una serie de sucesos que marcaron profundamente mi vocación literaria y que me dejaron huellas por el resto de mis días. Uno de esos sucesos es el hecho de haber sido padre a los 12 años de edad, tras sostener una relación amorosa con una muchacha que, además de ser de ascendencia indígena, trabajaba como sirvienta en mi casa. Se trataba de un amor hermoso, ingenuo, pero imposible, y de una relación complicada, puesto que en Bolivia, donde sobrevive la discriminación social y racial, no se acepta una relación entre el hijo de los patrones y la sirvienta, peor aún si éste es todavía un niño. Creo que esta experiencia fue decisiva en mi vida, porque me enseñó a concebir el mundo desde la perspectiva de los de abajo, de los marginados, de los excluidos y despreciados. Pero a la vez, la detonante de esta experiencia, en gran medida traumática, hizo que dejara de jugar con los niños y me hiciera adulto de golpe. Pero eso digo que no alcancé a tener una infancia normal, jugando a las canicas y la pelota.

Otro de los sucesos que marcó mi vida fue la masacre de San Juan. A los tres días de haber cumplido nueve años de edad, fui despertado y sorprendido por un tiroteo que se confundía con la explosión de las dinamitas y los cohetillos. El ejército, amparado por la noche y aprovechando la festividad del pueblo, cercó el campamento minero y la población civil, y ejecutó una de las masacres más horribles que se conoce en la historia nacional. Esto ocurrió en la madrugada del 24 de junio de 1967, el mismo año que se desarrollaba la guerrilla del Che en Nancagua. El gobierno, enterado del apoyo que los mineros tenían pensado brindar a la guerrilla, intervino militarmente en Llaallagua y Siglo XX, y desató una masacre que para mí fue otro hecho traumático, no sólo porque vi los cadáveres tirados en las calles y una población en estado de llanto, sino también porque los policías, armados y con pasamontañas, allanaron posteriormente mi casa buscándolo a mi padrastro. Además, ésa fue la última vez que vi al dirigente minero Isaac Camacho, a quien, luego de apresarlo y torturarlo, lo desaparecieron sin dejar rastro alguno. De modo que estas experiencias, dramáticas desde todo punto de vista, calaron muy hondo en mi memoria y mi conciencia. Desde entonces no he dejado de pensar en la injusticia social y en la prepotencia de los poderes de dominación. Me hice sensible ante el dolor humano y asumí una posición en defensa de los más desposeídos.

KSL: Entiendo que estuviste involucrado en la militancia en Bolivia. ¿Me puedes hablar de esa etapa de tu vida?

VM: Lo rescatable de las experiencias que te conté es que me hicieron tomar conciencia del racismo y la discriminación existentes en Bolivia, y me impulsó a formar parte de una organización política de izquierda que luchaba contra estos males sociales. Así, a partir de los 13 años de edad, aunque pareciera raro, me hice militante activo. Actualmente,

en mi condición de escritor, me sigo considerando un rebelde y contestatario. Siempre lo fui desde que tengo uso de razón. No soporto la injusticia social como no soporto la discriminación racial o sexual. Creo en la igualdad de los seres humanos y en una sociedad más justa, tolerante y equitativa. Sigo pensando como siempre y no tengo razones para dejar de ser sensible. Sin una conciencia política ni una sensibilidad social es muy difícil acercarse a una realidad como la boliviana, donde persiste el desprecio por los de abajo, por los desposeídos y marginados.

KSL: Según tu biografía, fuiste encarcelado y torturado en Bolivia. ¿Te incomodaría hablar las circunstancias?

VM: La primera vez que caí en los registros de policía, por razones políticas, fue a los 15 años de edad, luego de una manifestación estudiantil en apoyo a la huelga de los mineros. Después me hice dirigente de los estudiantes de secundaria y esto me llevó a asumir abiertamente posiciones contrarias a las que sostenía la dictadura militar de entonces. Por lo tanto, mi actividad como dirigente estudiantil y el hecho de militar en una organización considerada como un movimiento extremista, que proclamaba la insurrección armada como una de las vías para la toma del poder, me convirtió en prófugo de la persecución desatada por el gobierno. Por un tiempo permanecí oculto en el interior de la mina en Siglo XX y después me desplazé hacia la ciudad de Oruro, donde estuve clandestino junto a otros dirigentes mineros, hasta que en agosto de 1976, cuando recién había cumplido 18 años de edad, fui apresado, torturado y encarcelado. En 1977, gracias a una campaña de Amnistía Internacional, salí exiliado a Suecia.

Sin embargo, siempre supe que estuve en la cárcel no porque cometí un delito penal, sino porque formé parte de un movimiento de oposición contra la dictadura militar y porque propagué entre los estudiantes los ideales de justicia y libertad. Debo confesar que si bien abandoné las concepciones de la lucha armada, como una única vía posible para alcanzar la justicia social, no he dejado de contribuir a esa causa con las armas que me proporciona la escritura, puesto que para mí, en términos generales, la literatura es una forma de resistencia contra un sistema que detesto y un instrumento que me permite canalizar los ideales que abracé desde mi infancia, mucho más por instinto natural que por haber leído un programa político.

KSL: Algunos de tus libros recogen tus experiencias como preso político. ¿Es una forma de dejar un testimonio para la posteridad?

VM: Sí, para evitar que estos hechos trágicos se repitan en la historia y para dejar constancia de la brutalidad con que actuó el terrorismo de Estado. Es más, el primer libro que publiqué en Suecia, en 1979, lo escribí estando en las mazmorras de la dictadura militar de entonces. *Huelga y represión* trata el tema de la persecución y los métodos de tortura que usaron los regímenes dictatoriales no sólo en Bolivia sino en el resto de América del Sur. Mi experiencia política y mi estadía en la cárcel, fueron también elementos que pusieron una impronta en mi literatura. Como en mi libro *Cuentos violentos*, que aborda justamente los diversos sistemas de represión y métodos de tortura. No es sólo un testimonio personal sino también colectivo, por

que los presos de conciencia y los exiliados de la diáspora latinoamericana, sufrieron los mismos atropellos y se vieron obligados a abandonar sus países por las mismas causas.

De otro lado, es reconfortante saber que *Cuentos violentos* es el primer libro que trata literalmente la temática de la tortura en Bolivia. No se conoce en la historia de la literatura nacional a otro autor que haya escrito cuentos sobre los diversos métodos de tortura, ni una sola obra que recree el tema de las secuelas con la misma intensidad con que se describen en *Cuentos violentos*. La razón es bien simple, yo experimenté este doloroso proceso en carne propia. Es decir, en el momento de escribir, manejé hechos y vivencias de primera mano. No tuve necesidad de recurrir a otras obras ni valarme del testimonio de otros compañeros que sufrieron la misma humillación y maltrato, pues bastó con mi experiencia personal para recrear los cuentos. Ahora bien, debo aclarar que los mismos métodos de tortura que se usaron en Bolivia, se aplicaron en el resto de América Latina. Por eso no es casual que existan otros autores latinoamericanos que trataron en sus obras el tema de la tortura. Las experiencias son similares, si leemos los libros escritos por chilenos, argentinos, uruguayos o paraguayos. Sus libros revelan también la bestialidad de las dictaduras militares que actuaron mancomunadamente bajo el denominativo de Operación Cóndor, que fue una organización militarizada cuyo afán era liquidar a la llamada subversión comunista a cualquier precio.

Los torturadores fueron entrenados en una misma escuela y por los mismos instructores; por ejemplo, los elementos que a mí me torturaron no tenían el acento de bolivianos sino de argentinos. Claro que no los podía identificar, porque estaba encapuchado, además de desnudo y maniatado.

Algunas veces me colgaban del techo cabeza abajo, otras veces me hacían el submarino sumergiéndome de cabeza en un recipiente de agua fría y maloliente. Después estaba la maquinita de picar carne humana, que consiste en aplicar electricidad en los testículos, las orejas, los dedos, los genitales y el ano.

Cuentos violentos es un libro que, de algún modo, representa una etapa importante de mi vida y refleja uno de los períodos más sombríos de la historia boliviana. A estas alturas de mi vida, extrañamente, podría decir que fue una suerte -acaso una desgracia- el hecho de haber experimentado en carne propia la persecución, la tortura, la prisión y el exilio. En este sentido, creo que tuve el privilegio de pasar por ese proceso dantesco para luego narrarlo en un libro con un lujo de detalles, incluso uno de los cuentos del libro, *Días y noches de angustia*, fue premiado por la Universidad Técnica de Oruro en 1985.

Kathy S. Leonard. Catedrática de idiomas y lingüística hispánica en Iowa, State University. Desde 1996 ha trabajado exclusivamente con autores bolivianos y su literatura.